



# CUANDO LOS DIOS CREARON EL MUNDO

PAULA JIMÉNEZ HUERTAS

*Cuando los dioses crearon  
el mundo*

Paula Jiménez Huertas

Primera edición: diciembre 2013

Título Original: *Quan els déus van crear el món*

© Paula Jiménez Huertas

[www.paulajimenezhuertas.com](http://www.paulajimenezhuertas.com)

© Diseño portada: David Parra

Screen Beans® is a registered trademark of A Bit Better Corporation

Hace muchos, muchos años, los dioses crearon el mundo. La Tierra era un planeta bellísimo y casi perfecto en el que todo discurría con mucha armonía. Pero sucedió que los dioses, terminado su trabajo, se aburrían muchísimo. Tenían tanto tiempo libre —de hecho tenían todo el tiempo del mundo, porque eran inmortales— que no sabían cómo llenar las horas del día.

—Hoy me apetece pato asado con ciruelas —dijo Car, un dios bastante gordito, mientras se acariciaba la barriga. Sólo con pensar en la comida se le hacía la boca agua.

—Yo quiero un baño con agua templadita. Que así sea, ¡ahora mismo! —dijo Nita, una diosa monísima que dedicaba la mayor parte del día a mejorar su inmejorable aspecto. ¡Era tan presumida! Le gustaba cambiarse de vestido y de peinado cada dos por tres, llevaba siempre flores en el pelo y desprendía una fragancia distinta según el modelito que lucía.

—¡Cómo me aburro! ¿Por qué no cantamos un rato? —dijo Tor, un dios con cara de travieso que ya no sabía qué hacer para distraerse.

—¡Ni lo intentes! ¡La última vez provocaste un diluvio! —le amenazó Lanoc levantando el dedo índice. Lanoc estaba recostado. El esfuerzo de mover el dedo para amenazar a Tor parecía haberle

cansado tanto que soltó el brazo y cerró los ojos, para recuperarse.

Después de la creación, la Tierra era un paraíso. Los bosques se alternaban con las estepas y las junglas; los ríos de agua clara saltaban por las montañas, formaban lagos y continuaban su curso hasta los mares; en los océanos había arrecifes de corales, fondos rocosos y playas de arena blanca. Había incluso desiertos de preciosas dunas de arena roja que escondían oasis de palmeras. En un mundo tan perfecto, los dioses no tenían otra distracción que provocar una fuerte tormenta o una erupción volcánica de vez en cuando.

Hasta que un día, después de mucho pensar en qué podían hacer para distraerse, a los dioses se les ocurrió la idea de crear unos hombrecillos a su imagen y semejanza, iguales en todo a los dioses pero más pequeños, para que vivieran junto a los animales que habitaban el planeta Tierra.

Entonces, el dios Car cogió una bola de barro y empezó a moldearla hasta crear un hombrecito. De repente, sacó un trozo de barro de la figurilla ya formada y moldeó una segunda figura, ligeramente más pequeña:

—De la costilla de un hombre he sacado a su compañera, una mujer —dijo Car.

—¡Cómo te atreves! —protestó Nita, muy enfadada. — Haremos que ambos, hombre y mujer, evolucionen por ellos mismos a partir de los monos, así será mucho mejor, más justo y equitativo. Respetaremos su libre albedrío, que descubran por ellos mismos cómo hacer herramientas, cómo encender el fuego... Una evolución a partir de la selección natural.

—¡Vaya, qué fastidio! Esto va a tomar demasiado tiempo y va a ser muy aburrido. Prefiero hacerlo yo mismo en mi laboratorio. Enseguida lo tendré listo. ¡Me divierte mucho, la genética! Con una clonación, en un abrir y cerrar de ojos, tendremos los primeros humanos de verdad. Ja, ja, ja, ¡un poco de ayuda divina para que pasen de las cavernas a construir ciudades en pocos siglos! —dijo Lanoc mientras se ponía su bata blanca y se dirigía al laboratorio.

En el laboratorio, Lanoc hizo varios ensayos. El primer humano se le quemó y quedó completamente negro. Al segundo, lo coció poco y estaba excesivamente pálido, parecía enfermo, el pobrecillo. Con el tercero, obtuvo el color de piel perfecto, ni demasiado blanco ni demasiado negro. Al lado de Lanoc, Tor estaba haciendo hombres verdes y demonios con cuernos con la piel completamente roja.

—Pero oye, no puedes hacerles iguales a nosotros, ¡porque serían también divinos! —exclamó Tor al ver las figurillas de Lanoc. Eran iguales a los dioses y sólo se distinguían de ellos por su tamaño —Si pueden crear todo lo que quieran, ¡vamos a tener competencia!

Los muñecos de Tor eran feos y deformes: uno tenía la nariz casi tan grande como el pico de un loro; a otro, los brazos, excesivamente largos, les llegaban al suelo; al tercero, le salían de la boca unos terribles dientes afilados; el siguiente se parecía más a un cerdo que a un hombre...

—Serán poderosos pero no lo sabrán. ¡Éste es el truco! Les diremos que nosotros les hemos creado y que tienen que adorarnos, porque somos sus dioses —explicaba Lanoc.

—Yo propongo que sean mortales. Hemos de marcar un límite y,

sólo si se lo merecen, podrán obtener la inmortalidad —añadió Car mientras pensaba que no le gustaría tener tanta competencia en la comida.

—¡Exacto!, que sean mortales, pero con derecho a reencarnarse. Si se portan bien, podrán volver a nacer para vivir una nueva experiencia. ¡Jugar otra vez el juego de la vida! —propuso Nita, muy contenta.

—¡Qué buena idea! —añadió Lanoc, entusiasmado.

—Pues yo propongo, yo propongo..., que no todos sean guapos, ni todos sean buenos. ¡Y no está bien que los haga todos tú! ¡Yo quiero hacer mis propios hombres! Quiero que mis hombres verdes y mis demonios también puedan vivir en la Tierra —dijo Tor, decidido a que sus figurillas fueran aceptadas del mismo modo que las que estaba haciendo Lanoc: —A mí me gusta mucho ese negro, es, es..., ¡elegante! Podemos crear varias razas, de modo que cada pueblo sea diferente. Que haya hombres gordos y hombres delgados, que los haya con la nariz de pico y otros con la nariz chata. Creo que queda simpático con la nariz chata...

Y al tiempo que hablaba, hundió con el dedo la punta de la nariz del hombrecillo negro. A continuación, le rizó el pelo y lo hizo más alto y delgado y, entonces, satisfecho, lo situó al lado de los hombrecillos que estaba haciendo Lanoc.

—Podemos hacer que haya entidades visibles y entidades invisibles —dijo Tor de repente. —Mis demonios podrían vivir bajo tierra. Y este hombre pálido tuyo podría vivir de noche, en las fuentes y en los bosques a los que nunca llega el sol...

—¡Podríamos programarlos para que no necesiten comer! Que se

alimenten de la luz del sol, como las plantas —intervino Car. Tenía que encontrar una solución al tema de la comida. Entonces añadió: —No todos tienen que comer carne, ¡algunos podrían ser vegetarianos, por ejemplo!

—Deben gozar del libre albedrío. Han de ser libres, aprender y evolucionar —sentenció Nita, muy decidida. —Si no lo hacemos así, no será un juego noble. Estamos creando vida y una de las reglas básicas de la vida es la libertad de los seres vivos. Una vez creados, son ellos los que deben luchar para vivir y para sobrevivir, para comer y para reproducirse. Si no lo hacen bien, se extinguirá la especie, ¡ése ha de ser el instinto que les ha de empujar a conservar la vida!

—Ah, tú y tus delirios evolucionistas, ¡ya estamos otra vez! —protestó Lanoc. —Es mucho mejor programarlos para que no piensen demasiado, sino, ¿qué vamos a hacer nosotros? Si lo hacen todo bien, ¡nos aburriremos! Por eso tiene que haber guerras y luchas y rivalidades y un poco de maldad innata...

—¡Ni hablar! Serán buenos por naturaleza. ¿No te das cuenta de que, de otro modo, van a destrozar la vida que hemos creado hasta ahora? ¡La Tierra es tan bella! ¡Hay que respetarla por encima de todo! —insistía Nita.

—Yo creo que te equivocas. Pero está bien, hagámoslo como tú dices. Espero que resulte divertido. —Lanoc aceptó a regañadientes.

Y tan pronto estuvieron terminadas todas las figurillas, los cuatro dioses, en un acto muy ceremonioso y solemne, soplaron el aliento de la vida sobre las figurillas humanas.

—Con mi aliento, os doy la vida —dijo Lanoc.

—Poblad la Tierra y reproducíos —añadió Tor.

—Podéis dominar a todas las bestias que habitan el mar y los bosques y hacer uso de todas las riquezas y recursos que ofrece la Tierra —dijo Car y, después de una pausa, añadió para que nunca lo olvidaran: —Nosotros somos vuestros dioses, os hemos creado y tenéis que adorarnos.

—Yo os doto de consciencia —añadió Nita, en último lugar. —Tendréis un profundo conocimiento de lo que representa el bien y el mal. ¡Escuchad siempre vuestro corazón!

Dichas estas palabras, los dioses repartieron en doce grupos a humanos y demonios y, a continuación, los distribuyeron por las distintas regiones de la Tierra. Y, finalizada la tarea, se fueron a dormir, porque estaban muy cansados.

Al día siguiente cuando se despertaron, los cuatro dioses, ilusionados como niños, fueron a ver qué hacían sus nuevos juguetes. Los hombres y las mujeres se habían levantado con la salida del sol y lo primero que habían hecho fue dar las gracias por la vida. Después, sin prisa, habían buscado algo que comer. Car se puso muy contento al comprobar que preferían recoger los frutos maduros de los árboles. Una vez estuvieron hartos de comer, los humanos se miraron unos a otros, se acariciaron y empezaron a hacer el amor. Y pasaron muchas horas amándose, despreocupados de todo lo demás. Les gustaba jugar, cantaban y reían, se abrazaban y compartían caricias con los demás, mostrando su ternura.

—Se van a reproducir muy rápido, si siguen así —dijo Car, frunciendo el ceño.



—¡Qué monos!, ¡hay que ver lo que se quieren! —dijo Nita, enternecida.

—Son un poco aburridos, se aburren igual que nosotros los dioses —se lamentó Lanoc, bostezando.

Pasada la primera emoción por el nuevo juguete, los dioses perdieron su interés por los humanos y les dejaron a sus anchas durante un montón de siglos, regresando a sus desocupaciones habituales: Car se dedicaba a probar nuevos y succulentos manjares con ingredientes exóticos. Nita se teñía el pelo de diferentes colores y trenzaba su larga melena adornándose con tallos llenos de flores. Tor jugaba con unos escarabajos tumbándolos panza arriba. Mientras tanto, Lanoc observaba la Tierra y pensaba. Quizá había llegado la hora de introducir algún cambio en las nuevas criaturas.

—Escuchad: este nuevo ser que hemos creado es muy aburrido. No hay ninguna amenaza en su vida. No hay ningún riesgo. Ninguna diversión.

—¿Qué quieres decir? Yo les encuentro monísimos —Nita estaba muy sorprendida.

—Si no hay retos, todos van a merecer la inmortalidad y ¡eso no tiene ninguna gracia! Tienen que experimentar. Tienen que intentar superar algunos desafíos. Además empiezan a aumentar seriamente de número.

Los dioses observaron lo que sucedía en la Tierra. Los humanos parecían inofensivos y felices. Pero era cierto: con tanto hacer el amor y tanto reproducirse, cada vez eran más.

—Oh, ya lo tengo. ¡Podemos inventar depredadores: ¡animales

que se coman a los humanos! —exclamó Car, divertido con su propia ocurrencia.

—¡Excelente idea! —aplaudió Tor y, sin dudarle ni un segundo, tomó un puñado de barro y empezó a darle forma. —Voy a hacer un animal muy feroz, con enormes dientes y potentes garras, un gran carnívoro que sea el animal más temido de la sabana. ¿Veis? El macho tendrá una larga melena que le dará un aspecto aristocrático, pero no os dejéis engañar: ¡su bramido aterrorizará a todos los animales! Con su rugido, ¡a los hombres se les paralizará la sangre! ¡Su carácter será tan irascible que incluso los de su propia especie le temerán y tendrá que vivir solo! Se llamará león.

—Pero si quiere vivir en la jungla, necesitará una piel moteada para pasar desapercibido entre el claroscuro del ramaje —dijo Lanoc que siempre encontraba pegas a las criaturas que hacían los otros dioses, como si él fuera el dios más grande y el único que tuviera ideas divinas: —Éste se llamará tigre, será silencioso y rápido en la carrera. Y haré otro de pelo negro que cazará de noche y se llamará pantera.

—Pues yo haré uno que sea venenoso. No será comestible y en cambio, si les pica, morirán —dijo Car, que no quería quedarse al margen: ¡la idea de crear depredadores había sido suya! Y cogiendo una bolita de barro la aplastó y la hizo rodar sobre la mesa del laboratorio hasta convertirla en un churro alargado. En un extremo abrió una boca con dos grandes colmillos. —Se desplazará en completo silencio, se acercará a las presas y las rodeará con su propio cuerpo y, cuando las tenga bien agarradas, con sus afilados dientes les inoculará el veneno directamente en la sangre para paralizarles... ¡Y se las

comerá enteras! Se dirá serpiente y su picadura será mortal.

—Pues si vosotros hacéis animales grandes y fuertes y terroríficos, yo los haré pequeños, pequeños, muuuy pequeños y peligrosos—. Tor atrapó un escarabajo. Entonces le añadió dos pinzas y una larga cola enroscada hacia arriba, al final de la cual puso un aguijón córneo. Con un pensamiento cambió su color negro por una cáscara ligera e incolora, translúcida —Éste se llamará escorpión. Será casi invisible porque vivirá escondido entre las piedras y cuando los humanos lo pisen, les picará.

—Ah, ¿y en el mar? ¡Que tampoco lo tengan tan fácil para pescar peces! Ahora mismo crearé un terrible carnívoro con siete hileras de dientes, un pez terrorífico que pueda arrancarles una pierna de una sola dentellada. Podrá oler la sangre a mucha, mucha distancia, y no habrá mar en la Tierra que sea lo suficientemente seguro contra mi depredador. ¡Se llamará tiburón! —exclamó Car mientras lo moldeaba y, no suficientemente satisfecho con el tamaño modesto del original, con un pensamiento lo hizo crecer hasta que tuvo el tamaño de siete hombres.

Los dioses lo estaban pasando muy bien. Diseñaban dientes, púas, cuernos, aguijones, garras, colmillos, cada vez mayores y más afilados y de veneno más eficaz. Creaban animales tan grandes que cuando caminaban, la Tierra temblaba. Animales peludos, animales con caparazón, animales con escamas, animales con plumas...

—Pues yo haré otro que no vivirá en la selva ni en la sabana, sino muy cerca de los humanos y que, tal como hacen los humanos, vivirá en pareja, tendrá familia y cazará en grupo. Será muy inteligente y sabrá

esperar el momento de debilidad y de confianza, por ejemplo por la noche, las horas en las que los humanos se relajan y cuentan historias alrededor de la lumbre. Mientras los humanos se sienten seguros, ellos, desde la oscuridad, los observarán y escogerán una sola víctima, la más débil del grupo, y la atacarán mientras duerma... —Lanoc ya no se conformaba con crear seres de aspecto amenazador de gran fuerza y talla, con un comportamiento instintivo y salvaje. Esta vez jugaba con un elemento mucho más sutil y peligroso: a partir del perro, que compartía la vida con el hombre, había creado un depredador. El resultado era el lobo, una criatura bellísima y noble que no tendría miedo del hombre, porque le igualaría en inteligencia y astucia. El lobo ocuparía los mismos hábitats que los humanos y atacaría sus rebaños, ¡haciéndoles vivir con el corazón en un puño!

—¡Anda! ¡Mira qué idea acabo de tener! Las moscas, que son tan divertidas y no paran quietas, ahora ¡haré que sean peligrosas! —dijo Tor, riéndose.

—Ja, ja, ja, ¿las moscas?, ¿peligrosas? —Lanoc se burlaba porque Tor no había sido capaz de crear ninguna criatura que igualara en belleza a las suyas. Él sólo se atrevía con los insectos...

—Pues sí. Haré que las moscas, tan pequeñitas, transmitan enfermedades incurables. Mientras vuelan y se mueven de un lugar a otro, irán dejando gérmenes invisibles que atacarán a los humanos desde dentro, les causarán las más sofisticadas e inimaginables enfermedades..., algunas durarán días, otras muchos años y les provocarán fiebres, diarreas, y les causarán un sufrimiento tan grande que desearán la muerte. Ah, ¡también los mosquitos serán peligrosos!,

pica aquí y pica allá, y ¡hala!, ya te has contagiado. ¿A que es ingenioso? —Tor se reía con su propia audacia, y comenzó a esparcir moscas y mosquitos por toda la Tierra.

Con todos estos nuevos habitantes compartiendo los hábitats con los humanos, eran tantos los peligros que les acechan que pocos conseguían vivir más allá de los treinta años. Cuando Nita se dio cuenta del sufrimiento en que estaba sumida la humanidad, se alarmó muchísimo y su corazón se llenó de compasión.

—Escuchad, me parece que habéis ido demasiado lejos. Con lo que nos costó crear un planeta bello y armónico, ¡lo habéis infestado de criaturas peligrosas! Pero lo peor es eso de las enfermedades. ¡Es espantoso! ¡Vaya ocurrencia! ¡Es una monstruosidad cruel e indigna de dioses! Tor, ¡no puedo admitirlo! ¡De ninguna manera! ¡Una cosa es tener que defenderse de ataques de fieras peligrosas, pero visibles, y otra muy distinta es castigarlos con enfermedades causadas por agentes invisibles y contra las que no se pueden defender! ¿A qué extremo hemos llegado? ¿Cómo pretendéis que vivan en este caos? ¡Estoy muy, pero que muy enfadada!

Los tres dioses Car, Lanoc y Tor, al oír las palabras de Nita, se avergonzaron un poco y reconocieron haber ido demasiado lejos. Pero las reglas de la vida son sagradas y el mal ya estaba hecho, porque cuando un dios ha creado un ser vivo no lo puede destruir. Debe respetarse siempre la ley del libre albedrío que se aplica a toda la vida. Por eso es tan importante estudiar bien las consecuencias de los actos creativos, ya que cada nueva criatura afecta a todo el hábitat del que entra a formar parte.

—Los humanos son dioses poderosos como nosotros. Pronto encontrarán remedios para hacer frente a las enfermedades —intentó justificarse Tor. Sin embargo, estaba tan satisfecho con su ocurrencia que no se arrepentía en absoluto de haber creado unas amenazas invisibles tan buenas, mucho mejor que las bestias con tantos dientes que había hecho Car o las maravillas sofisticadas con instintos asesinos inventadas por Lanoc. Tenían que reconocer que él había sido más ingenioso.

—¿Que no te das cuenta, tonto, de que está muriendo mucha gente? ¿No ves que lo peor es que sufren mucho? ¡Las enfermedades son un proceso que causa dolor y desesperanza! —Nita estaba angustiada de verdad.

—¡Este invento de Tor es un engaño! —dijo Lanoc, riéndose. —No tienen por qué morirse. Los humanos pueden curarse de todas las enfermedades, pueden renovar todos los átomos de su cuerpo. Recordad que les creamos con la misma materia de que estamos hechos nosotros, están hechos a nuestra imagen y semejanza. Las enfermedades sólo son energía alterada y no pueden afectarles, a menos que sufran un desequilibrio emocional... A no ser que crean que se merecen las enfermedades... ¡Pero no son tan estúpidos como para creer nada parecido!

—Ja, ja, ja, sí que lo son, ¡son estúpidos! —dijo Car retorciéndose de tanto reír—. ¡Ésta es la parte divertida del juego! No entienden que de la misma manera que crean, sin saberlo, su propia realidad, con tantos problemas y con tanto sufrimiento... ¡Tienen ante sí la solución a todos sus males! —Y cuando consiguió dejar de reír añadió, mientras

se frotaba las manos de satisfacción: —Si queremos dominar a la humanidad, tenemos que hacerles creer que son débiles. Deben sentirse culpables. Deben pensar que su vida no tiene valor. ¡Destruye su dignidad y los tendrás vencidos!

Nita no estaba de acuerdo, en absoluto. Sabía que los humanos no entendían los principios fundamentales que sustentan la vida. Creen que su existencia es efímera y el devenir imprevisible, capricho de la voluntad de los dioses. Creen que las enfermedades son castigos y la felicidad un premio que dura poco. Nadie les ha dicho la verdad, por eso no saben nada de la potencia creadora del deseo y la intención. ¡No saben que son como los dioses!

—Tenemos que contarles la verdad, debemos ayudarles para que puedan enfrentarse a todas estas moscas portadoras de gérmenes que les causarán enfermedades...—suplicaba Nita.

—¡Ni hablar! No podemos interferir en su aprendizaje vital. Ésta fue una de las condiciones que pactamos antes de su creación: tienen que creer que son mortales y nunca les diremos que son poderosos. Si quieren evolucionar, ¡que lo descubran solitos! ¡Este fue el trato! ¡Que lo descubran por ellos mismos! —Tor protestaba porque ahora en la Tierra pasaban muchas más cosas y él estaba muy entretenido con las migraciones, las sequías, las enfermedades y las epidemias. Entonces, chascó los dedos y originó una terrible tormenta con rayos y truenos. ¡Se lo estaba pasando en grande!

—Oh, mira, ¡esos me están adorando! ¡Están sacrificando un toro entero en mi honor! —dijo Car, orgulloso, señalando otro punto de la Tierra. —¡Me encanta que me teman y me tengan este respeto! ¿No lo

encuentras emocionante? ¿Cómo quieres que renuncie a ello? Pobrecitos, ¡si me aman!

—¡Pues qué quieres que te diga! ¡A mí no me parece nada bien, eso que hacéis!

—¡Fuiste tú, Nita, quien los dotó de consciencia! ¿Quizá no lo hiciste bien? Ja, ja, ja, ja, ja... —Lanoc tampoco quería renunciar a su juguete. —Te sugerí que era mejor programarlos si no querías que sufrieran, pero tú que no, venga, venga a insistir con el libre albedrío...

Nita se alejó de sus compañeros. Estaba triste y muy preocupada. ¿Qué podía hacer para ayudar a la humanidad sin interferir en su libertad?

Se sentó bajo su roble preferido para pensar. Si no podía interferir en las criaturas ya creadas; si no podía eliminar las serpientes venenosas ni el veneno de los escorpiones; si no podía hacer desaparecer las moscas ni los mosquitos que transmiten las enfermedades, ¿qué alternativa quedaba? ¡Claro! ¡Tenía la solución! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Crearía un remedio para cada enfermedad y un antídoto para cada veneno. Pero, ¿dónde esconderlo?

Mientras pensaba, olió distraídamente una flor. ¡Le gustaban tanto las flores! ¡Embellecen tanto la naturaleza! Nita las había creado de todos los tamaños y colores y con curiosos diseños. Unas florecían en verano y otras en invierno. Algunas flotaban en el agua y otras surgían sobre los cactus un solo día al año. Incluso había diseñado una hermosa flor capaz de florecer en la nieve. Ah, claro, ¡ahí estaba! ¡Escondería los remedios en las plantas! Haría que cada veneno tuviera un antídoto muy cerca, ¡habría plantas medicinales para todos los males!



Nita trabajó con paciencia para crear un montón de plantas nuevas y escondió en las flores, en las hojas, en el tallo o en las raíces de las plantas un remedio para cada enfermedad. Diseñó plantas que mitigaran el dolor de los diferentes órganos del cuerpo: su vibración armonizaría el hígado, el estómago o los intestinos y, de ese modo, los curaría. Después creó plantas que contrarrestaran los efectos del veneno, hierbas que dieran fuerza a los cuerpos cansados y flores que aliviarían la tristeza. Para cada mal, creó un remedio. Y, a continuación, dotó a esas plantas de bonitas flores para que los insectos y los pájaros, atraídos por su exquisita fragancia, las polinizaran y favorecieran su expansión por todas las regiones de la Tierra. Nita tuvo un cuidado extremo para que hubiera plantas que florecieran todo el año: unas tan pronto como se retirara la nieve, otras debían florecer en primavera para dar frutos en verano llenos de jugo para que evitaran la deshidratación y finalmente, algunos árboles darían frutos más tardíos, y a algunos de estos frutos los cubrió con una cáscara dura para que los humanos pudieran recogerlos en otoño y almacenarlos para los días de frío, cuando la naturaleza duerme y las noches son muy largas...

Nita trabajó y trabajó. Hizo que algunas plantas crecieran en los roquedales, las hizo fuertes para que no las pudiera arrancar el viento. En el desierto, creó oasis llenos de palmeras que dieran sombra a los viajeros de las caravanas y, entre las palmas, escondió un fruto tan nutritivo y sabroso que sólo comiendo unos cuantos se podía sobrevivir muchos días de viaje bajo el calor y el sol. La diosa otorgó a cada planta propiedades curativas y, a veces, las protegía con pinchos para que los animales no se las comieran con desmesura. Otras veces,

redujo el efecto a que se cosechasen bajo determinadas condiciones. Algunas eran venenosas si se comían crudas y habría que cocerlas. A otras las escondió en lugares remotos para que sólo los más valientes tuvieran acceso a ellas. También creó plantas mágicas que serían tan escasas que sólo podrían hallarlas quienes fueran dignos, los que supieran su valor, y sólo en días de celebración especiales...

Nita había trabajado tanto que comprendió que los humanos tardarían mucho tiempo en descubrirlo todo, necesitarían observar y amar la naturaleza con sabiduría para conseguir el conocimiento de todas las hierbas y transmitirlo de generación en generación. Por eso decidió que las plantas tenían que ser inmortales. ¿Cómo lo logró? Escondió su código reproductor dentro de pequeñas semillas que podrían dormir mucho tiempo sin alterarse si las condiciones externas eran adversas y, en cambio, podrían brotar cuando las condiciones fueran las adecuadas. Una diminuta semilla escondía un roble y todas las bellotas que habría de dar este roble en el futuro, las cuales a su vez serían robles que formarían un bosque entero de robles que darían bellotas. ¡Un bosque entero se escondía dentro de una sola bellota!

Los humanos, primero por azar y luego por acopio de experiencia, empezaron a darse cuenta de las propiedades de las plantas y, con cuidado, experimentaron con ellas a fin de reconocer las propiedades de cada una y transmitir este conocimiento a las futuras generaciones. Sintieron un agradecimiento inconmensurable por la bondad de Nita y empezaron a venerarla. La llamaron la Gran Madre y durante muchos, muchos años, utilizaron con respecto los remedios creados por la gran diosa, viviendo con respeto y en equilibrio con la naturaleza.

Sin embargo, los humanos son tan vanidosos y olvidadizos que con el paso del tiempo empezaron a pensar que el descubrimiento de los remedios era mérito propio, y que la decisión de plantar y recolectar determinadas plantas y alimentos era mero resultado de su propio trabajo... De este modo, los humanos poco a poco dejaron de agradecer los frutos que les ofrecía la Tierra con tanta generosidad y se atrevieron a alterar el medio natural en el que viven las plantas. Dejaron de amarlas y las cruzaron, jugando como dioses, alterando su genética, no para mejorar su sabor o propiedades medicinales, sino con el único fin de hacerse ricos gracias a una mayor producción. Hicieron algo tan horrible como inyectar dentro de las semillas sagradas, pesticidas que matan los insectos que intentan alimentarse de las plantas y que, a medio plazo, envenenaban los órganos de las personas, por acumulación de efectos tóxicos que les causaban graves enfermedades degenerativas. Por ambición, los humanos habían transformado el alimento en negocio y, otra vez, la humanidad se veía inmersa en un mundo de miedo, de enfermedades y de dolor.

Los depredadores ya no eran animales feroces de grandes colmillos o de afiladas garras. El peligro no estaba en el aguijón venenoso de un escorpión que se camufla entre las piedras y la arena. Incluso las enfermedades transmitidas por las moscas y los mosquitos se habían convertido en una amenaza menor. Porque el peor enemigo de los humanos era de su misma especie: personas sin escrúpulos que habían olvidado que el remedio a todos los males lo había ofrecido gratuitamente la Gran Madre dentro de una semilla, de una raíz o de una flor.

Y mientras los humanos destruyen el versátil y a la vez tan frágil equilibrio de los ecosistemas de la naturaleza, la diosa Nita los observa muy preocupada. Se pregunta cuándo aprenderán a utilizar correctamente los recursos que les han sido dados.

Nita está triste y empieza a dudar de si no fue un error dotarlos del libre albedrío. ¿Cómo puede ser que no escuchen a su propia consciencia? ¿Serán capaces, algún día, de actuar con sabiduría?